

Sangre y champán

Alex Kershaw

La vida y época de Robert Capa



DEBATE

Índice

Cubierta

Agradecimientos

A cinco mil kilómetros de Omaha

1. Conversación en Budapest
2. Bárbaros en las puertas
3. El hombre que se inventó a sí mismo
4. La guerra apasionada
5. «Muerte de un miliciano»
6. «La Paquena Rubena»
7. Los cuatrocientos millones
8. La derrota final
9. Aislamiento total
10. Salirse del paso
11. El desierto
12. Es una guerra dura
13. El día más largo
14. El bocage
15. Victoria
16. «¡Te está mirando, chico!»
17. Fin del idilio
18. De nuevo en la Unión Soviética
19. El new look
20. Un camino de muerte
21. El reino de los sentidos
22. ¿Cómo es posible que sea viejo?
23. Más adelante está el Delta

Epílogo

Bibliografía

Créditos

Notas

Para mí, Capa llevaba el deslumbrante traje del matador pero nunca entró a matar; gran jugador, luchó por sí mismo y por otros en una vorágine. El destino quiso que la muerte se lo llevara en la cúspide de su gloria.

HENRI CARTIER-BRESSON

Agradecimientos

Durante los más de cuatro años que he tardado en reunir los datos necesarios para escribir este libro, han sido muchas las personas que me han ayudado y alentado enormemente. Aun antes de que el libro hubiera sido autorizado, casi todos los contemporáneos de Capa ya habían consentido en ser entrevistados. Incluso los que se encontraban demasiado enfermos o creían no tener nada nuevo que aportar ayudaron generosamente. Estoy particularmente agradecido a Henri Cartier-Bresson por haberme autorizado a citar sus reflexiones sobre Capa.

Muchas personas de distintos países me han ofrecido su hospitalidad. En París, Suzy Marquis y su marido Jean-Gabriel se mostraron particularmente generosos con su tiempo. Bettina Graziani, Warren Trabant y Pierre Gassmann me acogieron también en sus casas. El fotógrafo británico residente en París y veterano de la agencia Magnum, Jimmy Fox, me brindó una ayuda inestimable, además de pistas sutiles y muchos teléfonos de contacto de personas retiradas hacía tiempo de la vida pública. John Morris, colega y amigo de Capa que todavía vive, se mostró igualmente solícito y no escatimó esfuerzos a la hora de proporcionarme un retrato ecuaníme de la vida de Capa. El distinguido cineasta Patrick Jeudy tuvo la gentileza de mostrarme películas y documentales de actualidad maravillosos de Capa en acción.

Lara Holman, de la Hulton-Getty Picture Collection de Londres, buscó y encontró fotografías cruciales, y Josie Meijer, de Macmillan, dedicó tiempo y esfuerzo a obtener las que aparecen en este libro. No fue tarea fácil en estos tiempos en que se obtienen excesivas ganancias de las imágenes históricas, y le estoy muy agradecido. El

personal de la Colindale Newspaper Library de Londres, en especial Jackie Pitcher y Michael Nash, puso a mi disposición los números de todos los reportajes que hizo Capa para *Illustrated* y el *Picture Post*, los cuales mostraban mejor su obra que ninguna otra publicación. A pesar del acceso restringido a los archivos de *Time-Life*, logré obtener información clave gracias a varios miembros del personal, en concreto Bill Hooper, quien localizó una entrevista de radio concedida por Capa que arrojó bastante luz sobre muchas cuestiones controvertidas.

La escritora Jozefa Stuart, que conoció personalmente a Capa y a principios de los sesenta preparó una biografía de él que permanece inédita, habló conmigo largamente, e incluso se valió de su influencia para conseguirme acceso a información crucial que ella había reunido y que ahora pertenece al Centro Internacional de Fotografía de Nueva York. Asimismo, ningún libro sobre Capa puede dejar de reconocerse en deuda con el albacea de Robert Capa, Richard Whelan, y su innovadora biografía de 1985; basada en parte en el trabajo pionero de Stuart, es un relato impresionantemente detallado de la vida de Capa.

Otras personas me han ayudado a explicar sucesos y cuestiones clave de la vida de Capa. En Lynchburg, Virginia, mientras escuchaba a Glenn Miller, el profesor Bill McIntosh de la National D-Day Foundation me ofreció una visión global militar del día más importante de la carrera de Capa, y me ayudó a comprender algunas de las complejidades estratégicas de la batalla de Normandía y la operación Overlord.

Mi padre se recorrió a pie playas bajo la lluvia y pasó varios días en Normandía y París, siguiendo los pasos de Capa. Mi madre me enseñó el sur de España. Jay Deutsch, de la Leica Gallery de Nueva York, me facilitó contactos y una comprensión técnica de la Leica. El profesor Wolodymyr Stojko del *Ukrainian Journal* se puso en contacto con fuentes de Kiev y me proporcionó una sagaz visión de la visita de Capa a la Unión Soviética. El marchante de arte y fotografía Howard Greenberg me habló con franqueza del valor comercial de

la obra de Capa. Susan Shillinglaw, directora del Steinbeck Center, me señaló varias fuentes importantes. Patty Cottingham, directora ejecutiva de la Scripps Howard Foundation, me facilitó teléfonos de contacto de periodistas y fotógrafos. Rick Bray del Ernie Pyle Historical Site desenterró mucha información sobre las hazañas de Capa con Ernie Pyle. El legendario George Silk me ayudó a comprender el punto de vista de otro fotógrafo al cubrir la Segunda Guerra Mundial. Bernard Crystal de la Universidad de Columbia me señaló la correspondencia relacionada con los tratos comerciales de Capa con John Steinbeck. Michael Edwards del Eisenhower Center localizó varias transcripciones importantes de veteranos del día D. Steven Plotkin de la Biblioteca JFK de Boston me ayudó a localizar fotografías maravillosas de Capa con Hemingway y Martha Gellhorn.

En Budapest, Éva Keleti y Katya Steiner se desvivieron por hacer mi estancia lo más agradable e iluminadora posible. Sin ellas nunca me habría hecho una idea del pasado húngaro de Capa. En España, María Paz pasó varios meses siguiendo pistas ambiguas, estudiando con minuciosidad documentos y concertando entrevistas. Chris Littleford tradujo artículos periodísticos clave y persiguió a fuentes poco inclinadas a colaborar. Estoy asimismo en deuda con su mujer Amor por su hospitalidad. Miguel Ángel Jaramillo Guerreira, director del Archivo General de la Guerra Civil Española de Salamanca, soportó un aluvión de preguntas. Manuel Melgar de los Archivos Militares de Madrid también fue de gran ayuda.

En Alemania el profesor Hans Puttnies me ayudó a situar en su contexto mi investigación sobre la Alemania de Weimar. El biógrafo Irme Schaber me ayudó a localizar a varios contemporáneos de Capa, entre ellos Ruth Cerf Berg e Irene Spiegel. Irme Schaber también me habló de su obra pionera sobre Gerda Taro. Le agradezco profundamente el tiempo que me dedicó y la ayuda que me brindó; ojalá todos los biógrafos fuéramos tan positivos y libres de prejuicios. En Suiza, la hija de Ruth Cerf Berg, Kathrin Berg Müller, fue particularmente de ayuda al obtener respuestas a muchas preguntas que formulé a su madre, una mujer realmente extraordinaria. En

Amsterdam, Eva Besnyö me proporcionó una nueva percepción de la infancia de Capa. En Washington, Ben Bradlee me describió de manera concisa y expresiva su estancia en París y en Klosters. John Fox, de la unidad de información del FBI, me explicó varios detalles del expediente del FBI de Capa. John Kelso, jefe de sección de la Freedom of Information Privacy Acts Section Office of Public and Congressional Affairs, me facilitó todos los documentos que tenía autorización para dar a conocer. David Wallis, de Nueva York, me facilitó muchos artículos importantes de varias bases de datos.

Leslie Calmes, del Center for Creative Photography de Tucson, localizó un tesoro escondido de material asombroso, en especial muchos fragmentos de memorias y varias cartas escritas por Hansel Mieth que he citado extensamente. Estoy sumamente agradecido a Georgia Brown, amiga de Mieth, por haberme autorizado a hacerlo. El doctor Norman Allan de Toronto también puso generosamente a mi disposición el manuscrito de una biografía inédita de su padre, autorizándome para citarla. Estoy igualmente en deuda con Jinx Rodger de Gran Bretaña por haberme permitido citar los diarios líricos de su difunto marido. Georgia de Chamberet de Londres me envió la penetrante biografía de su madre y fotografías de Gael Elton Mayo con Capa. En Vermont, Patti Stratton, Lucy Steele y Amanda Hoag trabajaron sin descanso para transcribir más de cien horas de entrevistas. Estoy especialmente agradecido a Amanda por las numerosas horas que pasó confrontando viejos ejemplares de *Life* y el *Picture Post*.

Jonathan Drubner, Tom Garagis, Paul y Amanda Armstrong, David Boyle, Tessa Souter, David McBeth, Serge Glansberg, Paul Spike, George Waud, Michael Watts, Michael y Cynthia Perry, Kevin y Maria Smith y la inigualable Bettina Viviano me han brindado asimismo su apoyo y su amistad a lo largo de los pasados cinco años. En especial Dave Bernath y su familia de Venecia, California, toleraron varias veces mi presencia en su sofá. Por lo que se refiere a Dave, disfruté las innumerables horas que pasé discutiendo con él, y en un

determinado momento hasta me proporcionó una traducción al alemán.

Mi gratitud, como siempre, a Lindsay Stirling por su ayuda y asesoramiento sumamente profesionales con el manuscrito. Quisiera expresar asimismo mi agradecimiento a Pierce Brosnan, Beau Saint Clair y Angeliqe Higgins de Irish Dreamtime, y a Robert Bookman y John Levin de CAA, así como a Nigel Sinclair de Intermedia, por su vivo interés en este proyecto.

El personal y los directores del *Guardian*, el *Observer* y la *Sunday Times Magazine* llevan tiempo financiando mis viajes y me han proporcionado ingresos cuando más los necesitaba.

Tanto dentro como fuera de Estados Unidos he recibido asimismo ayuda del personal de muchas instituciones y bibliotecas, desde la Lanesboro Public Library de Minnesota hasta la Biblioteca Pública de Nueva York. El personal de la Sawyer Library del Williams College me soportó hasta altas horas de la madrugada de un invierno especialmente largo. También he hecho uso del material de la Park-McCullogh Free Library de Bennington, el Bennington College, la British Library, el Museo Imperial de la Guerra de Londres, los archivos de la oficina de Nueva York de la agencia Magnum, los Archivos de la Guerra Civil Española de Salamanca, los National Archives de Washington, D.C., el Instituto de Historia Militar, el Eisenhower Center de Nueva Orleans, la National D-Day Foundation de Virginia, la Biblioteca del Instituto Cinematográfico Británico, la Asociación de Prensa Extranjera de Washington, la Universidad de Columbia, los archivos del *New York Times*, la Academy of Motion Pictures Arts and Sciences, el Getty Museum de Los Ángeles, la Eastman Kodak House de Nueva York, las embajadas rusa y húngara en Washington, la Colindale Newspaper Library, la Westminster Public Library, la Biblioteca del Congreso y los Archivos ParisMatch de París.

Las personas que cito a continuación consintieron amablemente en responder a mis preguntas y en facilitarme información, muchas de ellas concediendo entrevistas de varias horas: el doctor Alexander Matthews, Alfred Gellhorn, John Hammond hijo, Hart Preston,

Jim Nachtwey, Ray Nance, Betty Hooper, Earl Wilson, Elizabeth Teas, Lucille Hoback Boggess, Roy y Helen Stevens, Eva Besnyö, Karoly Kincses, Nina Beskow, Robert Brau, Alan Goodrich, Jim Lager, Steven Burstin, Andrew Mauldin, John Morris, Inge Morath, Dirck Halstead, Elliot Erwit, Jean-Gabriel y Suzy Marquis, Flury Clavadetscher, Ruth Guler, el difunto Larry Adler, Ruth Hartmann, Larry Collins, Bettina Graziani, John Loengard, Peter Viertel, Russel Miller, Donald Spoto, Harry Benson, Anjelica Huston, Eve Arnold, Myron Davis, Jimmy Fox, Thomas Gunther, Marc Riboud, Pierre Gassmann, Ruth Cerf Berg, Russell Burrows, Anthony Sava, Irme Schaber, Hans Puttnies, Patrick Jeudy, Michel Descamps, MarieClaude Cogny, David Douglas Duncan, Judy Freiburg, Yvonne Halsmann, Patricia Wheatlye, Ben Bradlee, Jean-Jacques Naudet, Georgia Brown, Marie-Monique Robin, Jinx Rodger, Rosemarie Scherman, Frank Zachary, Slim Aarons, el doctor Norman Allan, George Silk, Inge Bondi, Liesl Steiner, Irene Spiegel, Carl y Shelley Mydans, Milton Wolff, Audrey Jareau, Henri Cartier-Bresson, Burt Glinn, Lois Mercier y María Borrell García.

La idea de este libro surgió en el transcurso de varias conversaciones con mi mujer y varios periodistas gráficos excepcionales con quienes he trabajado estrechamente en la última década. Simon Norfolk, Charles Ommanney, John Snowdon y Greg Williams han compartido todas mis revelaciones y hecho más de lo que en justicia les correspondía para llevar a cabo numerosos encargos difíciles. A través de ellos he conocido de primera mano la enorme voluntad que se necesita hoy en día para ser periodista gráfico y seguir pagando el alquiler.

El resultado más positivo de este libro ha sido una nueva amistad con otro periodista de toda la vida. Siempre estaré en deuda con el ex director de *Heute*, Warren Trabant, hombre de gran sentido del humor, perspicacia y distinción, que bebió y cenó con Capa, y pasó muchas veladas maravillosas haciendo lo mismo conmigo.

Asimismo he sido afortunado de tener una editora tan incisiva como alentadora en Macmillan, Georgina Morley, que ha estado a mi

lado a las duras y a las maduras, y ha esperado más allá de toda expectativa razonable a que terminara el libro. Nicholas Blake ha hecho una labor magnífica al editarlo. Mi agente, Derek Johns, siempre ha sido un modelo de diplomacia y paciencia, y otros muchos miembros de AP Watt, en especial Linda Shaughnessy, me han brindado una ayuda inestimable.

Por último, este libro nunca habría visto la luz de no ser por la infinita paciencia y tolerancia de mi esposa Robin. Ella y mi hijo Felix me han concedido el tiempo y el espacio para dedicarme a lo que se había convertido en una obsesión de hacía cinco años. También quisiera dar las gracias a su familia y sobre todo a la mía, por su apoyo que viene de muchos años.

A cinco mil kilómetros de Omaha

Creo que Capa ha demostrado más allá de toda duda que la cámara no tiene por qué ser un frío artefacto mecánico. Al igual que la pluma, es tan hábil como la persona que la utiliza. Puede ser la prolongación de su mente y de su corazón.

JOHN STEINBECK, *Popular Photography*¹

Una tarde de finales de otoño me dirigí en coche al norte a través de Virginia y contemplé cómo las Montañas Azules se volvían cada vez más imponentes según me acercaba a Bedford, donde se encuentra el primer monumento conmemorativo que se levantó en Estados Unidos del día D, como se conoce la fecha del desembarco de los aliados en Normandía. Mientras se ponía el sol, recorrí el recinto con el sargento Roy Stevens, un veterano de ochenta y cinco años de la Compañía A del 116.º Regimiento de Infantería de la 29.ª División. Varios hombres entrados en años se acercaron y compartieron con el sargento Stevens sus recuerdos, a veces con lágrimas en los ojos; eran veteranos del «Bulge», la playa de Anzio y la batalla de Normandía.

Más tarde Stevens me explicó con detenimiento su versión de los hechos. En la madrugada del 6 de junio de 1944 se preparó para subir a bordo de una lancha de desembarco con destino a la playa de Omaha. En el preciso momento en que se disponía a embarcar vio a su hermano gemelo, Ray.

—Me tendió la mano —dijo Roy—. Pero yo, en lugar de estre-

chársela, le dije: «Mira, te la estrecharé en Vierville-sur-Mer, arriba en el cruce, antes del mediodía».

Ray bajó la cabeza y murmuró que no iba a conseguirlo. No iba a salir de ésa con vida. Estaba convencido de ello. Roy Stevens tampoco logró llegar esa mañana a Vierville-sur-Mer. Su lancha de desembarco se hundió a unos cientos de metros de la orilla, minutos antes de que llegara la primera oleada de tropas norteamericanas. Stevens no se ahogó gracias a un compañero de la Compañía A que lo rescató, y cuatro días después llegó por fin a la playa de Omaha, donde encontró una tumba improvisada para su hermano y varios amigos.

Su hermano y otros dieciocho jóvenes de Bedford habían perdido la vida a los pocos minutos de llegar a la «Sangrienta Omaha», escenario de la mayor carnicería del día D. De los treinta y cinco soldados de Bedford que pertenecían a la Compañía A, al anoecer habían muerto veintiuno. Los historiadores de la guerra creen que Bedford sufrió más pérdidas per cápita que ninguna ciudad o pueblo de Estados Unidos.

En el modesto rancho del señor Stevens hablamos hasta entrada la noche de su hermano, de Bedford y de la guerra. Al final le enseñé un gastado libro que había encontrado en una tienda de libros raros de Nueva York: *Images of War*.

—¿Quién lo ha escrito? —preguntó Stevens al llegar al capítulo de la página ciento cinco, titulado «La invasión».

—Robert Capa —respondí—. Fue el único fotógrafo que desembarcó en Omaha con la primera oleada, con el ciento dieciséis en Easy Red.

—¿Easy Red? —preguntó Stevens—. ¿La primera oleada? ¿Era soldado o guardacostas?

—Ninguna de las dos cosas. Era periodista. Un judío húngaro que se alistó voluntario.

—Algunos de los mejores hombres... eran voluntarios. Pero no duraron mucho.

Stevens leyó una cita de Capa:

Diría que los corresponsales de guerra consiguen más copas, más chicas, mejor sueldo y mayor libertad para escoger su destino, y el hecho de que se les permita ser cobardes sin ejecutarlos por ello es su peor tortura. El corresponsal de guerra tiene en las manos su apuesta —su vida— y puede ponerla en ese o aquel caballo, o volver a guardársela en el bolsillo en el último minuto. Yo soy jugador. Decidí ir con [...] la primera oleada².

Stevens se detuvo en una foto que mostraba a varios soldados luchando por llegar a la orilla bajo un fuego intenso.

—¿Cómo dices que se llama?

—Robert Capa.

—Debía de querer muchísimo estas fotografías.

Stevens permaneció sentado en silencio y pasó otras ochenta páginas, llegando por fin a una de las últimas fotografías de Capa, tomada sólo unos días antes de morir a los cuarenta años en Indochina en 1954. Cerró el libro y se recostó en su sillón abatible. De pronto parecía cansado.

—¿Ha vuelto a ir a Omaha? —pregunté.

—Sí —respondió orgulloso—. Ya lo creo.

Señaló una pared cubierta de fotografías enmarcadas. Entre ellas había dos condecoraciones Corazón Púrpura engastadas, la suya y la de su hermano. También había una pequeña fotografía en la que se le veía paseando por la playa de Omaha en 1994, con la cara contraída de la emoción.

—¿Ha estado usted? —me preguntó.

—Sí, esta primavera.

—¿Visitó el cementerio?

Hice un gesto de asentimiento. El domingo de Pascua aparqué junto a las hileras de autocares turísticos que se habían vaciado de norteamericanos octogenarios y sus familias en las puertas del cementerio, donde miles de sus coetáneos están enterrados bajo lápidas de mármol en lo alto de un acantilado que domina la playa de seis kilómetros de longitud.

Al principio me maravillé de la sencilla dignidad de los monumentos conmemorativos y del hecho de que todas las tumbas estuvie-

ran orientadas al oeste, hacia su país. Pero luego reparé en una mujer de mediana edad que sollozaba sola ante una tumba. El padre al que nunca había conocido había muerto a doscientos metros, junto con otros varios cientos de norteamericanos que desembarcaron en la playa ese aciago día de junio.

En la playa propiamente dicha, una sección de doscientos metros había permanecido prácticamente intacta durante casi sesenta años. Habían retirado de ella las minas y las granadas sin explotar, así como todas las demás defensas letales, pero no los fantasmas. Llovía torrencialmente mientras yo recorría Easy Green y a continuación el kilómetro de Easy Red donde Robert Capa había fotografiado posiblemente los momentos más importantes del siglo xx, sin duda la noticia más importante de su corta pero incesantemente agitada carrera.

En Easy Red reinaba un silencio inquietante y evocador aun en medio del rugiente viento y el estrépito del oleaje. Para muchos de los que habían desembarcado aquel día y siguen regresando, el silencio era ensordecedor. Sólo en el interior de un coche que corre a toda velocidad hacia Bayeux o en un autocar turístico que regresa a París, la cacofonía de los moribundos se convierte en un susurro persistente.

En el transcurso de varios meses entrevisté a Stevens y a otros veteranos de la Segunda Guerra Mundial, tanto fotógrafos como soldados. Cada vez que me reunía con uno de ellos, le enseñaba *Images of War*. Muchos no habían visto nunca las fotografías de Capa de la playa de Omaha, por no hablar de sus reportajes de otros días memorables en cinco guerras diferentes. Un anciano de ochenta años se mordió el labio y cerró el libro; nada evoca recuerdos tan vívidos como una fotografía. Un oficial, uno de los quinientos mil norteamericanos que en 1945 habían sufrido fatiga de combate (crisis nerviosa y mental), se quedó mirando unos minutos las imágenes del día D sacudiendo la cabeza. Otro veterano se rió de una foto de un francés pasando una garrafa de vino a un soldado norteameri-

cano abatido, y recordó un momento parecido en su largo viaje desde la playa de Omaha a Berlín.

El teniente de navío Ray Nance, comandante de Roy Stevens, luchó por contener sus emociones al ver las fotos de Capa de la playa de Omaha. Había perdido a todos y cada uno de sus hombres en su lancha de desembarco durante la primera oleada; chicos a los que conocía desde que tenía memoria, abatidos antes de poner un pie en la arena. Nance habló despacio al principio, como si no quisiera recordar, pero al cabo de unas horas me dijo que Omaha había sido su redención: tenía que haber un Dios, ¿por qué había sobrevivido él sino? Sólo Dios podía haberle salvado la vida de la ametralladora alemana que había jugado al «gato y al ratón» con él mientras se arrastraba solo y malherido a lo largo de doscientos metros de arena sembrados de minas³.

Otros comentaron que entre la obra de Capa no veían una sola imagen de violencia, sólo fotografías de belleza y tristeza. Todos querían saber más de ese hombre que había captado en blanco y negro los momentos más inolvidables de sus vidas. ¿Quién era ese jugador que había dejado un legado visual que mostraba la pureza del espíritu humano?